

Virgilio, el gran poeta de la latinidad

El año 29 a.C. César Octaviano regresaba de Oriente y, no se sabe por qué motivos, aunque según la *Vita Bernense*¹ pudo ser por motivos de salud: una afección a la garganta le detuvo cuatro días en Atella, ciudad de Campania. Allí le esperaban Mecenas y Virgilio y, durante aquellos días, le leyeron los cuatro libros de las *Geórgicas*, alternándose en la lectura el poeta y su amigo². La obra del poeta agradó sobre manera a Augusto, que sin duda alguna apreció inmediatamente los méritos literarios de Virgilio. Pero tal vez se alegró mucho más por haber encontrado un poeta que secundase admirablemente sus proyectos e intereses políticos e interpretase sus designios. Mecenas, que había animado y estimulado a Virgilio, se sentía feliz ante las complacencias de Augusto.

Los dos hombres de estado se preocupaban seriamente ante las condiciones en que se encontraba la agricultura. La cuestión agraria había sido acuciante desde hacía mucho tiempo, y ahora más que nunca. Iba desapareciendo la pequeña propiedad, y la clase media se hacía cada vez más rara. Se constituía el latifundio improductivo, y los romanos se alejaban cada vez más de los campos que resultaban cargados de problemas de difícil solución. No faltaban algunos aristócratas que sentían frente a los campesinos los mismos sentimientos de disgusto que Escipión Nasica, del cual se cuenta que, al estrechar la mano callosa de un campesino, la retiró disgustado, diciendo: «Pero ¿qué pasa? ¿Es que caminas con las manos?. Para salir

1 Cf. *Vita Bern.*, 27.

2 Según Büchner, no se puede dudar ni de la lectura ni del sitio en que tiene lugar, aunque no sepamos los motivos por que se detuvo en Atella, cf. *Virgilio* (Ediz. italiana, Brescia 1963) p. 55.

al paso de la situación, se habían presentado al senado diferentes leyes agrarias, entre ellas una de Tiberio Graco, en 135, que no tuvo éxito³.

Julio César se preocupó también del problema y distribuyó tierras entre sus veteranos, con la prohibición de venderlas hasta pasados veinte años⁴. Propuso al senado la expropiación de tierras, que serían pagadas de acuerdo con el precio del último censo, para darlas a los pobres. Más tarde y por diferentes motivos se produjeron otras expropiaciones, de las que fue víctima el mismo Virgilio⁵. Pero nada de eso resultaba remedio eficaz para el mal que se pretendía atajar. Era preciso infundir entre los ciudadanos el amor a la agricultura, y Mecenas creyó, en un momento dado, que para ello podría servir la poesía, y en el autor de las *Eglogas* descubrió al hombre que necesitaba.

Virgilio escribió no porque hubiera recibido la invitación, el encargo y, mucho menos, la orden de Mecenas —el más grande entre los protectores de los intelectuales de todos los tiempos— sino por un impulso íntimo, de acuerdo con su propia inspiración poética. Mecenas había adivinado en Virgilio el hombre que podía lograr un poema con sus *Geórgicas*.

Las *Bucólicas* habían sido acogidas con grandes aplausos en los círculos romanos, y habían hecho llegar el nombre del poeta hasta los últimos rincones latinos. Algunas de sus poesías, como la 1 y la 6, fueron recitadas públicamente en el teatro, y Servio nos cuenta una anécdota demasiado hermosa para ser verdadera. Nos dice que Cicerón, al escuchar la declamación de aquella Egloga de labios de Citérides —la libertad Volumnia, amada y celebrada por Cornelio Galo, con el nombre de Licórides— quedó absorto y prendido de las excelentes cualidades del

3 Los consejeros de Tib. Graco en la propuesta de esta ley fueron Claudio, el cónsul P. Escévola y Craso Murciano. Pese a todo la ley chocaba contra la norma tradicional y de ahí su fracaso. Cf. D. C. Earl, *Tiberius Gracchus* (Londres 1963).

4 Cf. PW, RE, 12, 2.389. La *lex agraria* de Julio César fue completada por la *Lex Campana*, que fue muy contestada en el senado.

5 Ecos de la consecuencia de tales expropiaciones o confiscaciones podemos ver en la primera Egloga. Es expresivo aquello de «Barbarus has segetes», del verso 71.

poema y preguntó con insistencia quién era el autor. Y cuando algún tiempo más tarde conoció personalmente a Virgilio, no dudó en calificarlo como «la segunda esperanza de la gran Roma». Las *Eglogas* consiguieron tanta gloria para Virgilio que la literatura latina se gloriaba con todo derecho de poder emular al divino Teócrito⁶.

LA VIDA DEL CAMPO Y DE LOS PASTORES

Podemos comprender sin dificultad las exhortaciones de Mecenas a Virgilio para que escribiera las *Geórgicas* y, de esa manera, sirviera a la realización de aquel programa político y social que deseaba llevar a la práctica. Pero ¿qué pensamos nosotros, los modernos, de las *Eglogas*? ¿Encontramos en ellas una nota personal, inconfundible que distingue a nuestro poeta de los demás poetas griegos o latinos, o las consideramos más bien como *elegantísima fatiga* de un hábil imitador? Virgilio había leído ciertamente a Teócrito con una gran simpatía, lleno de admiración, y con plena adhesión de sentimientos al poeta de Siracusa. El de Mantua imita a Teócrito y no trata de disimular la influencia que se advierte en sus *Eglogas*. Pero lo imita como sólo saben hacerlo los verdaderos artistas. Hoy la filología es capaz de señalar con todo detalle los idilios e incluso los versos que Virgilio ha «contaminado»⁷, y descubre en los poemas virgilianos qué versos ha transcrito literalmente, qué motivos teocriteos ha reproducido⁸. Pero en la mayoría de los casos, los especialistas y críticos modernos se ven obligados a admitir que no se trata de un trabajo de mosaico, sino de una fusión armónica, de una asimilación tan original y propia que se convierte en verdadera creación virgiliana⁹.

6 La última publicación que ha llegado a nuestras manos acerca de las relaciones entre Teócrito y Virgilio es la de C. Segal, *Poetry and myth in ancient pastoral* (Princeton 1981). Se recogen 15 artículos publicados previamente. Puede verse también el volumen: *Ancient Pastoral. Ramus essays on Greek and Roman Pastoral poetry*, editado por A. J. Boyle (Melbourne 1975). Son siete estudios en torno a Teócrito y Virgilio, de especial interés.

7 Acerca de Teócrito como fuente de Virgilio, cf. la bibliografía que trae Ward W. Briggs en *Aufstieg und Niedergang der Röm. Welt*, 31, 2 (Berlín 1981) pp. 1298-299. Los dos vols. dedicados a Virgilio en esta magna obra resultan imprescindibles para el estudio de Virgilio.

8 Remitimos a la bibliografía, muy abundante, sobre Teócrito y Virgilio.

9 Acerca del valor de las *Eglogas* de Virgilio véase la enorme bibliografía de Ward W. Briggs, en el volumen que hemos indicado, pp. 1280-97.

Y es que el poeta de Mantua logró infundir en la imitación teocritea un alma nueva, un sentimiento renovado. Serán, es cierto muchas veces, los mismos motivos, los mismos versos, incluso las mismas palabras, pero Virgilio ha sabido comunicarles una resonancia nueva e imprevista. Los versos latinos producen otras vibraciones en nuestro espíritu y nos descubren un alma nueva, un sentimiento diferente. Los hexámetros virgilianos están coloreados de un halo indefinible que los transcolora de irisaciones nuevas.

Se atisba ya la personalidad del poeta, su ideal de una vida sana, vivida en la campiña serena, entre gente sencilla e ingenua, el ideal de una vida que le permita la meditación recoleta, interrumpida a intervalos por amores poéticos a los que pueda abandonarse con deleitosa languidez, o entremezclada con fantasías sentimentales que él podrá imaginar realizadas y gozadas previamente en sus versos.

Y mientras parece que el poeta se cierra en la visión y descripción de pendientes abrigadas de los vientos, de planicies ondulantes de mieses, o se deja acunar por el rumor de los árboles frondosos y el suave susurro de sus hojas, por el murmullo de los riachuelos que se deslizan allá cerca, o por las fuentes que cantan, o por el suave zumbido de las abejas que liban el néctar de la cerca florecida de sauces, he aquí que entre tanta felicidad se insinúa estridente una nota dolorosa, y un velo de melancolía interrumpe esta visión de paz y tranquilidad. Virgilio sabe muy bien que, en contra de sus aspiraciones y de sus sueños de poeta, se alza la codicia, la injusticia, la violencia, la lucha, el amor infeliz o traicionado. En frente del encanto de su poesía se eleva la historia tejida por los hombres, con sus deseos, con sus ambiciones, con sus conquistas sangrientas, con la guerra destructora.

Cuando escribe las *Bucólicas*, el poeta no se da cuenta todavía de que la historia de los hombres obedece quizás a leyes superiores; por eso la condena como un mal, como producto de la violencia sin finalidad. Por eso alguien ha podido afirmar muy acertadamente que la Arcadia de Virgilio no es el encanto de un idilio sino más bien el eco

de una elegía¹⁰. Por eso en las *Eglogas* no brilla tanto ni se oyen tan fuerte y tan sonoras las sonrisas y las alegrías de la mañana cuanto se percibe la tristeza del atardecer. Los críticos han notado a este propósito que, de las diez *Eglogas*, seis terminan con el final del día, cuando las sombras de los altos montes se van haciendo cada vez más intensas¹¹. Y así la sinfonía pastoril se deshace en un suspiro o en un sollozo a la luz vacilante del crepúsculo, hasta convertirse en la más melancólica confesión de la naturaleza humana incapaz de encontrar la felicidad no ya sólo en el tumulto de la ciudad y en los refinamientos urbanos, pero ni aun siquiera en la paz, en la tranquilidad y en el silencio del campo que también se ven turbados y destruídos.

Al poeta no le quedaba sino intentar crear para sí mismo aquella paz arcádica con la imaginación, engañándose a sí mismo voluntaria y conscientemente en su vano fantasear. Y en su ánimo cantó de nuevo con los versos del pastor: «Aquí brilla la purpúrea primavera; aquí en torno a los ríos produce la tierra pintadas flores; aquí el álamo blanco señorea la gruta, y las flexibles vides tejen sombras enramadas»¹².

Y el poeta continuó galanteando a Galatea, bellísima y encantadora doncella, que lanza manzanas a su amado y corre a esconderse entre los sauces, aunque está deseando que, antes de escapar, el joven tome un extremo de su velo que flota al viento: «Galatea, niña traviesa, me tira una manzana y luego se esconde entre los sauces, mas antes de esconderse procura que yo la vea»¹³.

Han pasado ya veinte siglos y ante nuestros ojos sigue rodando aquella misma manzana, heraldo del amor. Nos sigue pareciendo que las ramas del sauce, removidas en su huida por la *lasciua puella*, nos indican que Galatea sigue allí. Han pasado ya veinte siglos y los lectores de

10 Cf. T. Fiore, *La poesia di Virgilio*, 2 ed. (Bari 1946) el capítulo «Il trionfo dell'Arcadia e la minaccia della storia», pp. 128-42.

11 Cf. «Maioresque cadunt altis de montibus umbrae», 1, 83; «Et sol crescentis decedens duplicat umbras», 2, 67; «...et inuito processit Vesper Olympo», 6, 86; «Ite domum saturae, venit Hesperus, ite capella», 10, 77.

12 *Egloga*, 9, 40-42.

13 *Egloga*, 3, 64-66.

Virgilio siguen invocando a los vientos para que lleven, no sólo a los dioses sino también a ellos mismos, el eco, al menos, o el acento de su dulce conversar: «Llevad, oh vientos, una parte de su canto a los oídos de los dioses»¹⁴.

Pero quizás el poeta se engañó en sus versos. Tal vez Virgilio se engañó el año 40, cuando Mecenas, por cuenta de Augusto, y Polión, de parte de Antonio, firmaron la paz de Brindisi. ¿De verdad no podía realizarse aquel sueño sobre la tierra? ¿No podía soñar el hombre que volviera la edad de oro, el reino de Saturno? ¿Resultaba utópico que volvieran a reinar en el mundo la paz, la justicia y la fidelidad entre los hombres? ¿Tendríamos que reducir la *Egloga* 4 a un sueño e ilusión de un poeta?

¿ESPERANZA O PRESENTIMIENTO DEL MESIAS?

No hemos de olvidar que, en aquel período tristísimo de la historia de Roma, después de tanto desconcierto de luchas civiles y de guerras externas, de represalias, de venganzas, de proscripciones y confiscaciones de bienes, perdida la seguridad del mañana y casi la desconfianza en el derecho a la vida, la masa se abandonaba a las vagas y quiméricas esperanzas de una palingenesia universal¹⁵.

En Roma eran muy abundantes las colonias de judíos que esperaban y predicaban la venida del Mesías. Los neopitagóricos enseñaban que la vida del universo estaba dividida en un cierto número de *magni anni* y de *magni menses*, y que, estando ya a punto de terminar o concluida ya la *ultima Cumaei carminis aetas*¹⁶, debía recomenzar pronto un nuevo gran año, con la vuelta de los tiempos tranquilos y felices de la edad de oro¹⁷.

Se añadía a todo esto las predicciones de la Sibila¹⁸, composiciones importadas de Oriente, a las que alude el mismo Virgilio. Se esperaba, pues, esta palingenesia o renovación del mundo; se presentía este nuevo *magnus ordo saeculorum*. El surgir de esta naciente o renaciente feli-

¹⁴ *Egloga*, 3, 73.

¹⁵ Cf. H. J. Rose, *The Eclogues of Vergil* (Berkeley 1942). Puede verse también la exhaustiva bibliografía de Briggs, o. c., pp. 1311-25.

¹⁶ *Egloga*, 4, 4.

¹⁷ Cf. H. Jeanmaire, *La Sibylle et le retour de l'âge d'or* (Paris 1939).

¹⁸ Sobre el mesianismo y la Sibila, cf. Briggs, o. c., pp. 1319-20.

cidad humana debía ser anunciado por la aparición de un niño milagroso. La mayoría de los exegetas virgilianos coinciden en afirmar que es demasiado audaz sostener que Virgilio ha prestado crédito a voces que venían de Judea. Remitimos a la abundante bibliografía sobre el particular¹⁹.

En aquel momento, un gran señor, distinguido en la política y en la diplomacia, cultivador apreciado de las letras, influyente artífice de la paz de Brindisi, parecía el árbitro de los destinos del mundo. Nos referimos a Asinio Polión, amigo, protector y animador de Virgilio, y partidario acérrimo de Antonio, lo que le valió caer en desgracia de Octaviano. Virgilio tal vez creyó que el niño milagroso, el Mesías de los orientales, el nuevo Dionisos previsto por los misterios y portador de luz y de alegría, era el hijo, ya nacido o que había de nacer, de Polión: no importa si Asinio Galo o su hermano pequeño, Salonino. Virgilio se equivocó de fecha. Esa nueva era para la humanidad se abriría años después, no bajo Polión, sino bajo Augusto, no con el nacimiento de un hijo de Polión, sino con el nacimiento del que dijo a los hombres de todas las razas que eran hermanos en el dolor, y que debían ser también hermanos en la dicha, en la prosperidad, en las riquezas, por medio del amor fraterno y recíproco, el que anunció la paz verdadera a los hombres de buena voluntad.

Virgilio no presintió el nacimiento del redentor mesiánico²⁰. Pero, ante el nacimiento de aquel misterioso niño, ya fuera para él un símbolo o se tratara de un infante nacido realmente en el regazo doloroso de una mujer, el poeta vio al universo entero conmoverse de alegría: la tierra, la anchura sin límites del mar, el cielo profundo, la mole infinita de la bóveda celeste: «Mirá cómo oscila el mundo sobre su inclinado eje, y cómo las tierras y los

19 Puede verse, en especial, la obra de J. Carcopino, *Virgile et le mystère de la IV^e Eglogue* (Paris 1943), édition revue et augmentée. Y, como siempre, para una bibliografía completa y recentísima, Briggs, o. c., pp. 1313-18.

20 Cf. P. Courcelle, 'Les exégèses chrétiennes de la quatrième Eglogue', en REA, 59 (1957) 294-319; T. S. Eliot, 'Vergil and the Christian World', en *Sewanee Review*, 61 (1953) 1-14; E. Norden, *Die Geburt des Kindes. Geschichte einer religiösen Idee*, 4^a ed. (Stuttgart 1969).

espacios del mar, y el alto cielo y todas las cosas se regocijan con la idea del siglo que va a llegar»²¹.

Y cierra la *Egloga* 4 con uno de los versos más hermosos que hayan brotado jamás del alma de un poeta: «Comienza, pequeño niño, a conocer a tu madre por la sonrisa»²². De aquella sonrisa —más bien del niño que de la madre—²³ se irradiaba para el poeta una luz que se difundía por el mundo, que penetraba en las almas, que hacía reverdecer todo y que había de reflorcer todas las criaturas en una alegre y eterna floración. Y Virgilio se inmergió en el sueño del futuro: vio que todos los odios habían desaparecido y, echada lejos la resignación melancólica, brilló, también para él, la esperanza de que la historia de la humanidad, al fin, pudiera coincidir con la poesía.

LAS GEORGICAS

¿Cuál es el paso de las *Bucólicas* a las *Geórgicas*? Virgilio comienza la obra el año 37 a.C., cuando cuenta 33 años. Su pensamiento se halla ya bien templado por los estudios filosóficos, al través de meditaciones íntimas, y su intuición de la vida se ha enriquecido de experiencias variadas y convergentes. ¿Por qué escribió las *Geórgicas*?

¿Tendremos que reconocer que, desde el principio de la obra, se ha visto movido por intenciones político-sociales, por el deseo de restaurar la agricultura, por el afán de atraer a los hombres hacia los trabajos fatigosos del campo, mostrando a los romanos que allí podían encontrar fuentes puras de riqueza, junto con motivos de paz y de serenidad? ¿Podríamos pensar que fueron todos esos motivos, por nobles que fueren, los que constituyeron la verdadera inspiración del poeta?²⁴. No creemos se pueda

21 *Egloga*, 4, 50-52.

22 *Egloga*, 4, 60.

23 De dos maneras interpretan los comentadores ese verso de Virgilio: *risu pueri* o *matris*. Nos parece más aceptable la primera que es la que sigue Servio: «Sicut maiores natu se sermone cognoscunt, ita infantes parentem risu se indicant agnoscere. Ergo hoc dicit: incipe parentibus arridere... ut et ipsi tibi arrideant, *Ad Ecl.* 4, 60.

24 En este sentido hay que hablar siempre con mucha cautela de las relaciones entre Virgilio y Octaviano, o entre Mecenas y Virgilio, como si los dos hombres de estado hubieran influido en el alma de Virgilio para la

aceptar esa hipótesis. A lo sumo, podríamos admitir que existió esa intención, pero en un plano secundario y muy posterior. El impulso real del principio fue muy otro.

Hemos aludido hace poco a la presencia de Teócrito en las *Bucólicas*. En las *Geórgicas* Virgilio tendrá a la vista otro gran poeta, no griego sino latino, casi contemporáneo suyo. Había nacido 29 años antes, y muere precisamente el año en que Virgilio recibe la toga viril, el año 55 a.C. Nos referimos al poeta Lucrecio²⁵.

Mientras vivió, pocos experimentaron el atractivo de este gran poeta²⁶ que permaneció mucho tiempo incomprendido. Pocos se vieron tan influenciados como Virgilio. Nuestro poeta se dio cuenta de que había una cierta afinidad entre su temperamento y el del poeta suicida a los 44 años de su edad. También Lucrecio había sido un espíritu solitario, concentrado en sí mismo, alejado de la vida pública, porque se consideraba nacido más para la contemplación que para la acción²⁶. Se sentía nacido para pensar y para contemplar, pues estaba dotado de un espíritu de observación profundo. Lucrecio escrutó todo: todos los fenómenos, todos los aspectos de la vida, todas las manifestaciones de la fuerza misteriosa que agita el universo y que suscita, en las vicisitudes eternas de los incansables átomos, una renovación perpetua de los seres, de los cuerpos y de las formas.

Lucrecio se dió cuenta de todo: de cuanto fermenta en el seno de la naturaleza, de cuanto palpita o se anida en el corazón de los hombres, de todos los fenómenos, desde los más grandiosos y extraordinarios hasta los más humildes y menudos, desde los más terribles hasta los más alegres,

composición de su obra. No hay quien niegue a las *Geórgicas* toda finalidad política, cf. E. Paratore, *Introduzione alle Georgiche* (Palermo 1938) pp. 12 ss., 122.

²⁵ Nace probablemente el año 94 y muere el 55 a.C. San Jerónimo nos dice que muere a los 44 años, en el 51/50 d.C. Y Donato recoge la fecha del 15 de octubre para la toga viril de Virgilio, del 55 a.C. Habría que pensar en el año 99 para el nacimiento, si admitimos la edad de su muerte, en el 55, a los 44 como quiere san Jerónimo. La bibliografía de Lucrecio es abundante.

²⁶ Cf. acerca de la dicotomía entre *vida contemplativa* y *vida activa* el valioso libro de A. Grilli, *Il problema della vita contemplativa nel mondo greco-romano* (Milano 1953). El problema se presenta siempre que nos encontramos con hombres políticos, del tipo de Cicerón, de Séneca, etc., en los que la oposición entre ambos géneros de vida es muy llamativa.

desde los huracanes devastadores y los ríos destructores hasta el mundo de las cosas diminutas que danzan en un rayo de sol. Todo lo contempló con mirada escrutadora: el incendio de los bosques lejanos hasta los sentimientos de la vaca que, con mugidos dolorosos, busca el ternero que los hombres le han arrebatado. Y luego lo describe todo: desde el arco iris hasta la poza fangosa en cuya superficie adivinó un símbolo y vio temblar, reflejada, la bóveda azulada del cielo²⁷.

Y este solitario espíritu contemplativo tenía compasión de los hombres que se afanan y se amargan en la persecución necia de bienes vanos, víctimas del terror de la muerte, del temor del más allá. Y con el fin de curarlos y reconfortarlos se hacía portador y heraldo de una filosofía que quería ser consuelo, pero que en el fondo era triste y pesimista, porque no era el vulgar hedonismo cirenaico, sino que enseñaba la renuncia e incluso el encerramiento del hombre dentro de sí mismo, en un individualismo apático, frío y egoísta, alejado de todo contacto con la *ciuitas*, ajeno a toda participación e interés por las empresas y las conquistas humanas.

LA BUSQUEDA DE DIOS

Pero Lucrecio, como han notado ya muchos de los críticos²⁸, antes que para los otros escribió para sí mismo, para calmar sus dudas y apaciguar sus tormentos. Y quizás fue él el primero que no encontró en el epicureísmo la respuesta satisfactoria a sus angustiosos problemas de la vida, como tampoco la había hallado al rechazar los principios de la religión tradicional, que aparecía terriblemente insuficiente para su crítica racionalista.

Virgilio debió de experimentar en lo más profundo de su alma el atractivo de las doctrinas de Lucrecio, o al

27 Cf. acerca de la personalidad psíquica de Lucrecio el curioso libro del Dr. Logre, *L'anxiété de Lucrèce* (Paris 1946). En diecisiete capítulos va analizando cuestiones tan interesantes como: el suicidio de Lucrecio; emotividad angustiosa; depresión crónica; la espera angustiosa y la angustia del remordimiento; predestinación al suicidio; la angustia de las pasiones, etcétera. Se trata de un libro que hay que leer con cuidado.

28 Véase el trabajo muy documentado de P. Boyancé, *Lucrèce et l'Epicurisme* (Paris 1963) con recentísima bibliografía, pp. 329-47.

menos se dejó influir en un primer estadio, ya que incluso en la plena madurez de su espíritu, cuando ya se había apartado de las doctrinas lucrecianas, lo seguía admirando todavía y, sin la más remota sombra de ironía, escribía aquellos famosos versos de marcado sabor epicúreo: «Feliz aquél a quien fue dado conocer las causas de las cosas y hollar bajo sus plantas los vanos temores y el inexorable hado y el estrépito del avaro Aqueronte»²⁹.

Y en otro lugar del mismo libro 2 de las *Geórgicas*, echa de menos y envidia la gloria de los grandes poetas didáscálico-filosóficos, como Empédocles, Jenófanes, Arato y, el último y más grande de todos ellos, Lucrecio. También Virgilio invoca a las musas para que le enseñen los secretos de la naturaleza, las causas de los fenómenos que más importa al hombre conocer; y cuando esto no sea posible, sólo entonces, les pide la ciencia intrascendente, oscura y tranquila, la ciencia de los campos entre riachuelos, de los árboles y cantos de los pájaros: ¡«Oh Musas, dulces para mí sobre todas las cosas, a quienes rindo culto con gran amor! Acogedme en vuestro regazo y mostradme las sendas del cielo y el curso de las estrellas, y los varios eclipses del sol y los giros de la luna; cuál sea la causa de los terremotos, por qué fuerza se hinchan los profundos mares, rompiendo sus barreras, y luego vuelven a su primer sosiego; por qué los soles invernales se dan tanta prisa en sumirse en el Océano, y por qué son tan tardías las noches del verano. Mas si la sangre ya fría, que circuye mis entrañas, me impide que pueda sondear estos misterios de la naturaleza, plázcanme los campos y los arroyos que riegan los valles; y, contento en mi oscuridad, deléitenme los ríos y los bosques»³⁰.

Pero no nos dejemos distraer por el mismo Virgilio. La ruptura con Lucrecio se había producido ya. Ya no duda del poder de los dioses ni de su intervención benéfica en la suerte de los hombres. Ya no repetirá la desesperada blasfemia de uno de sus pastores: «Todo está a merced del ciego azar»³¹. Ahora acepta la realidad. Ahora siente

29 *Georg.* 2, 490-92.

30 *Georg.* 2, 475-86.

31 C. Bailey, en su obra *Religion in Vergil* (Oxford 1935, reeditada en 1969 por Barnes & Noble, Inc. New York) dedica un capítulo, pp. 204-40 a

al mundo entero como impregnado de la divinidad, alentado por el espíritu de Dios que suscita de mil formas la vida, el espíritu de ese Dios que todo lo crea con su fuerza y luego hace que retorne al seno mismo de la divinidad.

El libro 4 de las *Geórgicas* nos presenta unos versos que recogen la doctrina de Pitágoras y de Platón sobre la divinidad: «Por estas señales y estos ejemplos han creído algunos que hay en las abejas como un reflejo de la divina mente y un espíritu celestial, por cuanto estando difundido Dios por todas partes, en la tierra, en los espacios del mar y en el inmenso cielo, es fuerza que de él hayan tomado, al nacer, algún aliento vital todos los animales mayores y menores, y los hombres y todo el linaje de las fieras. A él han de volver, dicen, todos los seres animados, después de disueltos, mas no para morir, sino para volar en vida a las estrellas y perpetuarse en el alto cielo»³².

En estos versos de Virgilio vemos la estupenda imagen que sobre la potencia de Dios Creador nos dejara el gran poeta florentino:

«Ella è quel mare al qual tutto si volge,
cio ch'Ella crea e che natura fece».

LA FE EN EL BIEN

Podríamos pensar que la idea de Virgilio es panteísta, mientras que Dante Alighieri ofrece en sus versos la profesión de su fe en un Dios trascendente. Y tal vez es verdad. Pero también podríamos responder que la teología de Virgilio, liberado ya de las sugerencias y atractivo de Epicuro y de Lucrecio, vio en los dioses la emanación de un principio único, sufrió los influjos del Pitagoreismo, de moda entonces entre los representantes de la cultura romana, y también la influencia de la especulación estoica de Posidonio.

De todos modos, contra el quietismo contemplativo de Epicuro y de Lucrecio, nuestro poeta santifica el trabajo, vuelve a tener fe en el Bien, como conquista espiritual que hay que actuar en la vida. Virgilio abre el espíritu a

«Fate and the Gods». Sobre la concepción del *fatum* en Virgilio, cf. W. Suerbaum, 'Vergil-Forschung', en *Aufstieg und Niedergang*, 31, 1, pp. 69-70.

³² *Georg.* 4, 221-27.

la más cálida simpatía de todas las formas de vida y de la más variada actividad; en una palabra, contra la solución intelectualista de la especulación greco-romana, nuestro poeta afirma los valores prácticos y sentimentales de la fe³³.

No queremos afirmar con esto que Virgilio aceptase la divinidad como la había elaborado el pensamiento humano, y mucho menos que estuviese satisfecho de la religión oficial. Tampoco queremos decir que interrumpiera por completo los coloquios secretos con el gran poeta suicida, es decir, los coloquios que mantienen entre sí las almas de los grandes hombres, incluso distanciadas en el tiempo y el espacio. Lo que queremos decir es que, cuando se decidió a escribir las *Geórgicas*, advirtió, en su espíritu atormentado, «que la inteligencia no es todo; que la voluntad, la piedad, la ingenuidad, la resignación, la moderación son también grandes fuerzas operantes sobre la conciencia. Y esas fuerzas le abrían las puertas para comprenderse a sí mismo, para diferenciarse de los demás, para elevarse sobre sus semejantes»³⁴. Virgilio advirtió que el Epicureísmo chocaba demasiado contra la tradición y la historia de Roma, se convenció de que las negaba más de la cuenta, mientras que él no tenía capacidad para elevarse hasta ese punto.

De esta concepción nacen las *Geórgicas*, el admirable poema donde no hay poesía solamente a trozos, en los episodios famosos, sino que todo él está penetrado, desde el principio hasta el fin, de una corriente ininterrumpida de lirismo. Virgilio canta las plantas, las abejas, los animales domésticos. Canta los aperos del campo; canta el gesto solemne y cuasi sacerdotal con que el campesino traza los surcos con el arado y esparce al aire sus semillas. Y todo esto con la más conmovida simpatía, con la fuerza más íntima de su espíritu.

Nuestro poeta contempla cada una de las cosas que canta en sus versos no sólo con una mirada pensativa y

33 Sobre la influencia de Lucrecio en Virgilio, véase C. Bailey, 'Virgil and Lucretius', en PCA 28 (1931) 21-39; A. Rostagni, 'I primordi dell'evoluzione poetica e spirituale di Virgilio', en RFIC 559 (1931) 280-315; G. Castelli, 'Echi lucreziani nelle *Ecloghe* virgiliane', en RSC 14 (1966) 313-42; 15 (1967) 14-39, 176-216. Abundante bibliografía en Suerbaum, o. c., pp. 279-81.

34 T. Fiore, *La poesia di Virgilio*, p. 97.

meditabunda, sino con un sentimiento de fraternidad universal. Considera estupefacto, incluso, los espectáculos a que nosotros asistimos impasibles en virtud de nuestra obtusa costumbre de todos los días: las estrellas que aparecen y mueren al amanecer, las inmensas constelaciones que adornan el cielo, el tallo flexible y delicado que mece el viento. Y de ese espectáculo maravilloso resulta que las criaturas todas se ven investidas de una luz más viva que las transfigura ³⁵.

Para Virgilio, en todo lo que vive late una oscura conciencia, y el poeta se esfuerza en describir en sus versos todos los movimientos de aquella vida, como si de ella participase y de ella estuviese compenetrado, sin afectación y sentimentalismo, sino con un realismo austero que parece grabado a buril. Los seres están caracterizados con un epíteto que no es meramente exornativo ni carente de sentido real, sino que es una nota individuante que delinea, configura y determina su propia esencia. Describe rápidamente, como a vista de pájaro, pero se nos antoja que el verso virgiliano adorna las cosas de una caricia que las recrea y las eterniza en el canto.

Aparece siempre perfecta la relación entre intuición y expresión, y todo está impregnado de una gracia inimitable, y el verso se sucede ágil, dúctil, apto para secundar admirablemente el pensamiento. Y a veces, después de una lectura despaciosa, nos parece sentir todavía aquellas vibraciones, aquellas resonancias íntimas que nos dejan los acordes del arpa cuando se pierden en el ambiente sus últimas notas. Por eso se ha podido escribir que las *Geórgicas* son el poema más perfecto del más perfecto y elegante poeta latino ³⁶.

DEL AMOR Y DE ITALIA

Al terminar de leer el libro 2 de las *Geórgicas*, saboreando cada uno de sus versos, podemos pensar que Virgilio debió concebirlo en una mañana radiante de serena

³⁵ Tales descripciones son frecuentes en las *Geórgicas*.

³⁶ En cuanto poesía didascálica han sido muy poco apreciadas, aunque por su belleza poética no les han faltado admiradores en todo tiempo. W. Suerbaum nos ofrece una amplia bibliografía, en *Aufstieg und Niedergang* pp. 395-499.

paz y tranquilidad. Tal vez en un amanecer radiante escribió aquellos versos que cantan el himno a la primavera, y en donde nos parece sorprender un sentido de frescura, donde descubrimos palpitaciones y sobresaltos en ansias de renacimiento, donde a nuestro alrededor vemos surgir tiernos retoños y capullos túrgidos cubiertos de rocío:

«La primavera es beneficiosa a los bosques y a las selvas. En primavera se hincha la tierra y pide feraces semillas. Entonces el éter, padre omnipotente, desciende en fecundas lluvias al regazo de su alegre esposa, y mezclándose, grande él, a aquel gran cuerpo, da vida a todos los seres. Entonces las respuestas enramadas resuenan con los trinos de las canoras aves, y los ganados recuerdan los estímulos de Venus, en determinados días. Reverdece el campo fecundo, y los prados ensanchan su seno con los templados soplos del céfiro. Una suave humedad rebosa de todas las plantas, y las hierbas se levantan ya confiadamente con los nuevos soles. El pámpano ya no teme las embestidas de los austros ni las borrascas que bajan del cielo en alas de los furiosos aquilones, antes bien deja brotar sus yemas y despliega todas sus hojas. No creo que fuesen otros los días que iluminaron el mundo en su primera infancia, ni que fuese otro el orden con que se sucedían. Primavera era entonces. De la primavera gozaba el vasto mundo, y callaban los invernales soplos del euro, cuando los primeros animales gozaron de la luz, y la férrea raza de los hombres sacó su cabeza del duro seno de la tierra, y las alimañas cubrieron las selvas, y las estrellas el cielo. Ni las cosas, recién creadas, hubieran podido soportar el rigor de las estaciones a no mediar entre el frío y el calor aquel largo sosiego de la primavera, y si la clemencia del cielo no se extendiese sobre la faz de la tierra.»³⁷

Y junto a la primavera, cuando todo se despierta al amor, Virgilio canta el amor, no con la invectiva y el rencor de Lucrecio que experimenta como un amargo placer en pisotear el ídolo³⁸, sino con un ardor asustado, con un

³⁷ *Georg.* 2, 323-45.

³⁸ El pesimismo de Lucrecio ha sido estudiado en diferentes ocasiones. Cf. Dr. Logre, *L'anxiété de Lucrèce* (Paris 1946) pp. 123-444; 217-63. Véase también L. Perelli, *Lucrezio, poeta dell'angoscia* (Firenze 1969).

ímpetu que es al mismo tiempo trepidación ante la potencia de un Dios, que vence todas las cosas, que ejerce sobre todos los seres de la tierra su misterioso poder. La estirpe de los hombres, las fieras, los rebaños, los peces que pueblan los abismos marinos, los aéreos y canoros pajarillos, todos se ven sometidos al furor y a la fuerza irresistible del incendio amoroso: «De esta suerte, en la tierra todos los linajes de los hombres y de las fieras, y todos los ganados, y los habitantes del mar y las pintada avecillas, todos se precipitan ciegos en las ardientes furias del amor. El amor es el mismo en todos»³⁹.

Pero Virgilio canta sobre todo a Italia, como no lo ha hecho ningún otro poeta. El Mantuano ha reconocido las excelencias de otras tierras, ha mencionado sus productos, pero ya en su interior ha establecido la comparación: ninguna supera a Italia. Y de su pecho brota el himno de la exaltación nacional. El himno es una especie de sinfonía, al principio lenta y solemne, que poco a poco va subiendo de tono en un *crescendo* maravilloso: «Sementeras grávidas la hinchen y el vino másico de Baco corre abundante por sus tierras; cúbrenla olivos y ganados alegres. De aquí el corcel guerrero y cuellerguido hace su entrada en el campo. De aquí Clitumno, tus rebaños blancos, y de aquí el toro, máxima víctima, en tu sacra corriente zambullidos, muchas veces llevaron los triunfos romanos a los templos de los dioses».

Y la sinfonía se va elevando: «Aquí la primavera es eterna, y en ajenos meses es verano. Dos veces el rebaño aparece al año, y al año dos veces el árbol da su fruto». Y después de haber recordado que aquí no causan terror las fieras salvajes, ni se contrae en ingente espiral la serpiente escamosa, ni se dan los engañosos venenos; después de haber mencionado las hermosas ciudades, los castillos que elevan su cabeza sobre los roquedales, los ríos que discurren mansamente al pie de antiguas murallas, los amenísimos lagos, las riquezas del suelo... de pronto, con un cambio inesperado dejando los lugares, enumera a los pueblos que han dado a Roma la victoria, los hombres que la han hecho gloriosa: los marsos y la juventud

39 *Georg.* 3, 242-44.

sabina; los ligures avezados a la fatiga, y los volscos armados de azagayas; los decios y los marios, y los nobles camilos y los escipiones, duros y esforzados en la batalla: «También esta tierra muestra en sus venas ríos de plata y de cobre, y arrastra raudales de oro; cría un linaje indomable de hombres: los marsos, la juventud sabélica, los ligures y los volscos, armados de dardos; produce los decios, los marios y los grandes camilos y los escipiones, duros guerreros. Y te produjo a ti, oh César, el más grande de todos; a ti que, vencedor ahora en los alejados términos del Asia, apartas al indio imbele de los romanos campamentos»⁴⁰.

Y la gran sinfonía itálica culmina en los últimos versos del himno: ¡«Salve, tierra de Saturno, noble madre de héroes, gran madre de mieses! Por ti me esfuerzo en renovar el antiguo loor de la agricultura; por ti me atrevo a abrir las sagradas fuentes y cantar a las ciudades romanas en los versos del poeta Ascreo»⁴¹.

LA GLORIA DE AUGUSTO

¿Cómo nos presenta Virgilio la figura de Octaviano? En el proemio de cada uno de los cuatro cantos de las *Geórgicas*, el poeta se ha dirigido siempre a su protector e inspirador, Mecenas. ¿Por qué ahora este apóstrofe a Octaviano, como al hombre más conspicuo y benemérito de Roma? ¿Cómo Virgilio lo ha colocado en primer lugar y Mecenas ha pasado a segundo lugar, casi desdibujado ante la figura de César Octaviano?

Advirtamos que el apóstrofe a Augusto no aparece ahora por primera vez. Es más caluroso en el proemio del libro 1, donde el poeta está bien seguro de que un día Augusto será recibido en el olimpo de los dioses y, al igual que Horacio, Virgilio suplica que no tenga prisa en subir al cielo para no privar de su ayuda al estado romano que sin él se vería triste y abandonado.

Pero el cambio de Mecenas por Augusto se explica fácilmente, como la preeminencia de Octaviano en el pen-

⁴⁰ *Georg.* 2, 167-72.

⁴¹ *Georg.* 2, 173-76.

samiento, si no en los afectos, de Virgilio. Siete años han transcurrido durante la elaboración de las *Geórgicas*, comenzadas en 37/36 y terminadas el año 30. ¿Qué ha ocurrido durante este largo intervalo? Simplemente una batalla, un choque naval decidido rápidamente. Incluso la leyenda nos dirá que en el encuentro participó personalmente Apolo para disparar sus flechas contra los enemigos de Roma. Se trata de una batalla, librada a la entrada del golfo de Ambracia, a poca distancia de Corfú, una batalla que revolucionó el mundo de entonces, que dió comienzo al Imperio romano, que sometió Oriente a Occidente, al menos por espacio de tres siglos. Se trata de la batalla de Accio⁴², librada el año 30 a.C. Augusto es el *triunfador*, pero no es todavía el *Imperator*⁴³. Es ya el *princeps*, el ciudadano más autorizado, el árbitro de los destinos de Roma. Todas las miradas se dirigen hacia él, y de él esperan, por fin, el descanso, la paz, la tranquilidad. Se ha derramado ya demasiada sangre. Las luchas fratricidas han deshecho al estado más de la cuenta. Y de Augusto se espera el remedio, el alivio y la salvación.

Y Virgilio participa de esos mismos sentimientos, y como todos sus contemporáneos anhela la paz. En las *Geórgicas* aparece todavía su horror ante la guerra, su aversión a la violencia, y también el poeta espera que pueda iniciarse, después de tantas calamidades, una nueva era de paz y prosperidad. El apóstrofe se explica de esta manera: tanto en el libro 1 como en el 2 aquellas invocaciones parecen haber sido añadidas posteriormente⁴⁴. Según esta opinión, serían del año 29 a.C., por lo menos, es decir algo más tarde de haber dado cima a los cuatro libros del poema.

De esa misma época sería otra añadidura al final del libro 1, particularmente significativa. El poeta habla de los prodigios que preanunciaron la muerte de Julio César, del horror que experimentó en aquella ocasión toda la natu-

42 Sobre las consecuencias de la batalla de Accio, cf. W. Tarn. 'The Battle of Actium', en JRS 21 (1931) 173 ss.; G. W. Richardson, 'Actium', en JRS 27 (1937) 11 ss.; Cf. Plutarco, *Antonio* 62-63; Dion Casio, 50, 11-15, 31-35.

43 Acerca de los poderes imperiales. cf. P. Grenade, *Essai sur les origines du Principat* (Paris 1961). Trata mucho de los poderes de Augusto.

44 Es la explicación seguida por la mayoría de los comentadores de Virgilio.

raleza. Alude conmovido a la guerra civil que siguió a su muerte, a la batalla fratricida de Filipos⁴⁵. Sigue viendo todavía oscas nubes en el horizonte. Descubre amenazadoras otras guerras, nuevos exterminios. Contempla los campos desiertos: convertidas las hoces y los otros aperos del campo en espadas homicidas; siente horror ante la anarquía y suplica a los Dioses: «¡Oh dioses patrios, oh dioses tutelares, oh Rómulo y oh madre Venus, que velas por el toscano Tíber y los palacios romanos! no impidais, a lo menos, que este mancebo venga en ayuda del revuelto siglo presente. Bastante hemos pagado, hace ya tiempo, con nuestra sangre los perjurios de Troya Laomedontea. Tiempo hace ya, oh César, que la mansión de los dioses siente envidia ante nosotros por tu presencia, y se queja de que tengas en mucho los honores triunfales que te tributan los hombres»⁴⁶.

EL CANTOR DE ROMA Y DEL IMPERIO

Ahora podemos darnos cuenta de aquellos versos del libro 3, también ellos añadidos el año 29, y tan discutidos entre los críticos, en los que el poeta manifiesta su propósito de cantar las empresas militares y sociales de César⁴⁷. Fue ésta la primera idea, el primer núcleo todavía vago, no bien perfilado, indeterminado. Pero el genio poético de Virgilio modificó el plan y lo engrandeció, comunicándole una significación transcendental elevadísima. No pretendió la exaltación de un hombre, sino la exaltación de Roma hasta el punto de que aquella resultó casi secundaria. Y aquí surge el problema: ¿cómo el dulce Virgilio, el piadoso agricultor que detesta la violencia y la guerra, el sencillo cantor de la vida pastoril, se va a convertir en el cantor del Imperio de Roma, que ha conquistado, al través de sus guerras victoriosas, con la sangre de sus armas, todo el mundo? ¿Diríamos que el poeta no es sincero? ¿Se trataría de una actitud puramente retórica,

45 Cf. *Eneida* 1, 288-96.

46 *Georg.* 1, 498-504.

47 Cf. *Georg.* 3, 10-48. La bibliografía sobre este proemio del libro 3 la tenemos en Suerbaum, o. c., pp. 467-69. El *templum de marmore*, de Virgilio, algunos lo interpretan como si pensara ya en la redacción de la *Eneida*.

que va acumulando versos, tanto más sonoros cuanto más artificiosos y falsos? Si admitiéramos esta hipótesis, haríamos la mayor y más grave ofensa al sublime poeta de la *Eneida* ⁴⁸.

Nunca fue tan sincero como en la *Eneida*. Virgilio canta en el cénit de la potencia romana, pero ha sido el primero que ha tenido el presentimiento de la misión de Roma en el mundo, en cuanto que ésta ha de aparecer a los pueblos sojuzgados no como la dominadora soberbia y tiránica, sin como la madre, dispensadora para todos de justicia y de paz ⁴⁹. El poeta adivina que, con Augusto, se inicia esta misión pacificadora y redentora. Augusto es aquél cuyos dominios se extienden hasta el Océano, cuya fama ha llegado hasta los astros, pero al mismo tiempo es el que ha de clausurar con cerraduras irrompibles las puertas de Jano ⁵⁰, y el que inaugurará de nuevo la edad de oro: *Aurea condet saecula* ⁵¹.

Y ¿qué será de Roma? Roma será el corazón inmenso, palpitante, del mundo. Roma no competirá con Grecia por la primacía de las artes y de las ciencias, sino que tendrá el destino que le han marcado los hados: «Tú, oh romano, atiende a gobernar los pueblos (éstas serán tus artes) y también imponer condiciones de paz, perdonar a los vencidos y derribar a los soberbios» ⁵². He aquí cómo Virgilio ha conciliado en su alma su sentido y su orgullo ya casi sagrado de romanidad, y su ardor patriótico con sus sentimientos de simpatía humana, viva y fraternal.

Ahora podrá exaltar a Roma cuanto quiera. No existe una crisis interior en el alma del poeta, y puede escribir el libro 6, que debió de ser uno de los primeros en ser concebidos. Podemos considerarlo como la piedra fundamental, como el pilar donde se asentará toda la arquitectura del edificio para resultar más ágil y fácil ⁵³.

48 Esa opinión es seguida por muy pocos y de escaso renombre.

49 Será eso lo que indican los famosos versos que veremos luego, n. 52.

50 El templo de Jano se cerraba, al firmar la paz. Y ¡se cerró tantas veces!

51 *Eneida* 6, 792-93.

52 *Eneida* 6, 851-54.

53 Véase la más reciente e importante bibliografía sobre el libro 6 de la *Eneida* en Suerbaum, o. c., pp. 228-41, distribuida en 12 apartados, según los temas principales de dicho libro.

Y en la construcción de este pilar fundamental le ayudó Platón o, para ser más exactos, la concepción platónica de la otra vida, tal como la vemos expuesta en el *Gorgias*, en el *Fedón*, en la *República* ⁵⁴. Se trata de la concepción según la cual las almas, después de haber gozado según sus méritos de una purificación o de una felicidad de mil años, eran destinadas a reaparecer en la tierra para informar otros cuerpos. Así Anquises, en el Eliseo, puede pasar su mirada para una admirable reseña, y explicar a los ojos atónitos de su hijo la visión de la futura grandeza de Roma y de su Imperio. Puede mostrarle, en la luz de la gloria, a sus descendientes, los grandes hombres de la espada y de la toga que constituirán el fundamento y el orgullo de Roma.

Entre éstos aparece la sombra del que un día será M. Claudio Marcelo, que será el primero en derrotar a Aníbal en Nola, el que logrará apoderarse de Siracusa, defendida en vano por el genio de Arquímedes ⁵⁵, y al que acompaña, entre un susurro de admiración y de afecto de las otras sombras, un jovencito bellísimo, cuya cabeza se ve ensombrecida por el presagio de una muerte tristísima y precoz ⁵⁶. Toda Roma había llorado a aquel joven que durante escaso tiempo los dioses habían concedido a la tierra, y que la muerte arrebató muy pronto de entre los hombres. Augusto no hallaba consuelo ante la pérdida de quién él había amado como sobrino, como yerno y como hijo adoptivo ⁵⁷. Pero también llora el poeta, y en su honor entona los versos más suaves y delicados, y con sus acentos inmortales sobre aquel joven de rubia cabellera regó aquellos lirios blancos y aquellas flores de color de púr-

54 Cf. G. Funaioli, *L'Oltratomba nell'Eneide di Virgilio* (Palermo 1924); E. Norden, *Aeneis Buch VI erklärt* (Leipzig 1903) (ha tenido varias ediciones, la 4ª de 1957, edición anastática, Darmstadt). No faltan comentarios de ese libro en ninguna lengua: uno de los últimos se debe a R. G. Austin, Oxford 1977, que aparece como obra póstuma, pues el autor había muerto en 1974.

55 *Eneida* 6, 855-59.

56 *Eneida* 6, 860-66.

57 C. Claudio Marcelo era hijo de Octavia, sobrino e hijo político de Augusto, que muere el año 23 (había nacido el año 42 a.C.). Se presentaba como rival de Agripa en la sucesión del Principado, cf. R. Syme, *Roman Revolution*, p. 341 ss. Servio nos dice: «Ad funeris huius honorem Augustus sescentos lectos intra ciuitatem ire iussit...cum ingenti pompa adlatus est et in campo Martio est sepultus», *Ad Aen.* 6, 868.

pura. Virgilio llora en él la esperanza de la patria, al continuador presunto de la sabia política de Augusto, pero al mismo tiempo no deja de llorar aquella vida tierna, segada en la flor de la edad.

El poeta no puede frenar su emoción ante la muerte prematura de los jóvenes. Estos, después de Dido, son las figuras que la fantasía de Virgilio acaricia con más afecto y sentimiento; los contempla, se alegra con ellos, los envuelve en un halo de gracia y de alegría, los rodea de un velo que presagia la tristeza, y para ellos encuentra, como en una música suave en tono menor, los acordes más dulces e íntimos. Ante ellos hace correr, en notas de tierna tristeza, el horror de la guerra y de la muerte. Antes de que desaparezcan, los irradia de un nimbo de luz y luego, vencido él mismo por la angustia, llora en versos inspirados el llanto de los padres que les han sobrevivido⁵⁸. Lloro a Palante, con Evandro, que no rige y viene a menos. Lloro los desesperados lamentos de la madre de Eurialo. Sublima y purifica al mismo Mecencio, el feroz enemigo de los romanos, que monta a caballo y se dirige a la muerte porque ya no puede sobrevivir a Lauso, el generoso y hermosísimo hijo que tanto amaba⁵⁹.

VALOR POETICO DE LA ENEIDA

No queremos hablar de los méritos artístico de la *Eneida*; sería una ridícula presunción y nos llevaría un tiempo del que no disponemos ahora. Tampoco pienso abusar de su paciencia. Además, la belleza del poema, al menos en sus rasgos generales, es bien conocida de todos ustedes. Tampoco creemos que merece la pena rebatir la opinión de quienes han pretendido que Virgilio antes de morir había ordenado que se quemara su poema, no porque no había podido revisarlo a fondo, limarlo y corregirlo de sus defectos, de sus repeticiones, sino porque se había dado cuenta de que el protagonista, Eneas, era un carácter épi-

58 En la visita a los infiernos Eneas puede asistir a la tristeza de aquellas almas detenidas en los lugares del Averno.

59 Cf. G. Thome, *Gestalt und Funktion des Mezentius bei Vergil, mit einem Ausblick auf die Schlusszene der Aeneis* (Frankfurt am Main 1979). Es su tesis doctoral. Una amplia bibliografía en pp. 352-62.

co fracasado. Y esto no por su culpa, porque así lo había concebido, sino porque, contra sus planes personales, debía haber puesto de relieve el aspecto religioso del poema y encuadrar al protagonista en el ambiente de la renovación religiosa promovida e impuesta por Augusto. Y si éste se opuso a que el poema, según las indicaciones de Virgilio⁶⁰, fuera destruido, lo hizo porque tenía interés en que la obra permaneciese como estaba, ya que de ese modo servía mejor a su glorificación y a la gloria de toda su obra multiforme de estadista y de reformador político y social.

Esta tesis se nos antoja inaceptable. Creemos que, si Virgilio no ha dado a la persona de Eneas excesivo carácter épico, si no lo ha plasmado enérgico, autónomo y voluntarioso; si ha insistido en tantas ocasiones sobre la *pietas*, lo ha hecho para que apareciera con más evidencia que Eneas es un instrumento del *fatum* y de los dioses. Roma surgirá por obra y voluntad de los dioses, en el lugar que ellos habían indicado, del modo como ellos lo habían predestinado. Eneas no sabe cuál es la tierra señalada y prometida; no sabe a dónde debe dirigirse, y su interminable periplo se va realizando al través de sucesivas revelaciones. Y no carece de un profundo significado el que el piloto Palinuro, en un momento dado, se vea envuelto y arrastrado por las olas⁶¹. Podríamos pensar que los dioses han prescindido de él sencillamente porque sus servicios ya no van a ser necesarios. No estará al timón un simple mortal, como todos los demás, sino el mismo héroe, Eneas; y para guiarlo y conducirlo estará a su lado la misma mano de los dioses que, de modo invisible pero seguro, le asistirá.

La *Eneida* no es el poema habitual a que estamos acostumbrados, con su héroe de siempre, que realiza las gestas. El poema y el héroe de Virgilio es otra cosa. El protagonista es Roma, esa Roma que se alzarán a la dignidad del

60 ¿Se trata de una simple leyenda lo que se refiere a la voluntad del poeta de destruir su obra al morir? La afirmación de Plinio, que se refiere a la *Eneida* (*Nat. hist.* 7, 114) muestra que esta leyenda apareció muy pronto. Cf. *Vita Bernensis*, 39, p. 20, 5 (Diehl). La *Vita* de Servio dice expresamente: «Sed nec emendavit nec edidit: unde moriens eam praecepit incendi».

61 El libro 5 se cierra con estas palabras: «Oh Palinuro, confiado en demasía en cielo y mar sereno: desnudo has de yacer en ignorada arena!», 5, 870-71.

imperio universal, desde las humildes cabañas del Palatino, con sus techos de paja. Recordemos el libro 8, que nos cuenta cómo Eneas se acerca a la sede del Arcade Evandro, sobre el Palatino, para pedirle ayuda contra Turno. Es uno de los más hermosos y elocuentes desde el punto de vista de lo que ahora nos ocupa.

El poeta finge que Evandro acompaña a Eneas por aquellos lugares que más tarde serán sagrados para los romanos y famosos en el mundo entero: «Avanzando un poco más, le muestra el ara y la puerta que, con nombre romano, se llama Carmental, antiguo honor de la ninfa Carmenta, la profetisa fatídica que fue la primera en anunciar que los descendientes de Eneas serían pujantes... Luego le muestra el bosque grande que el valeroso Rómulo convirtió en asilo, y bajo una peña fría le muestra el Lupercal, que tomó su nombre, según costumbre parrasia, de Pan liceo. Le muestra además la sagrada selva de Argileto, y afirma que aquel es el lugar de la muerte de su huésped Argos. De aquí le conduce a la roca Tarpeya y al Capitolio...»⁶².

Según Tommaso Fiore, en todo esto se advierte el contraste entre el pasado y el presente, entre el deber ser y el ser. Los antiguos habían visto los bueyes que andaban errantes, dejando oír sus mugidos por los bosques que han dado lugar a la ciudad de Roma. Y los contemporáneos de Virgilio, vencidos por la extraordinaria sugestión artística de aquel paisaje podrían sentir vergüenza ante sus antepasados. Los descendientes de aquellos personajes de la leyenda de Eneas, entre los que se encuentra también nuestro poeta, no pueden por menos de escuchar aquel mensaje y olvidan sus fatigas de todos los días, y no pueden por menos de proponerse problemas y cuestiones morales relacionados con su futuro y el porvenir de aquella ciudad cuyos orígenes estaban viendo reflejados en la descripción de Virgilio⁶³. ¿No podríamos considerar todo eso como una especie de predestinación que el poeta quiere poner de relieve, de todos los modos a su alcance?

Roma no ha nacido todavía, pero ya preexiste a su misma fundación. La imaginación de los lectores, desde el principio,

⁶² *Eneida* 8, 336-47.

⁶³ *La poesía de Virgilio*, pp. 303-5.

se ve impresionada y penetrada de su grandeza, de su poder, y la poesía de Virgilio hace que nosotros podamos pasar desde un remoto pasado, es decir, desde el mundo de Homero, hasta los tiempos de Augusto, sin experimentar rupturas, transiciones ni extravagancias.

En el mismo libro 8, efectivamente, un felicísimo encuentro relaciona el porvenir con el pasado. Venus presenta al hijo las armas que ha forjado Vulcano, y entre éstas, el escudo en que se hallan esculpidas las gestas futuras de los descendientes de Eneas, la gloria y el destino de Roma, desde el amamantamiento de Rómulo y Remo por la loba del Capitolio, hasta la batalla de Accio y el triunfo de Augusto Octaviano ⁶⁴.

Roma, pues, desde el principio hasta el final de todos los libros de la *Eneida*, desde el primero en que Júpiter promete a Venus que no pondrá límites ni de tiempo ni de espacio a las conquistas romanas, hasta el último en que Juno cede a la voluntad de los Hados y desiste en su actitud hostil frente a la ciudad predestinada ⁶⁵, será el verdadero héroe del poema.

Y, sin embargo, aun estando penetrado de un espíritu tan grande de romanidad, ha conservado en la *Eneida* el sentimiento delicadísimo y la profunda simpatía de melancolía frente a todos los males de la humanidad. Por eso Virgilio sigue siendo uno de los poetas amables y leídos de todos los tiempos y en todos los países. Entre la poesía serena y un poco indiferente de los griegos y entre la otra más varonil y vigorosa, pero un tanto dura de los latinos, el poeta de Mantua aporta algo nuevo: los estremecimientos de la ternura y de la bondad. Por la consideración que demuestra hacia todos los que han sido golpeados por la desventura, por su melancolía no egoísta sino generosa y fraternal, anuncia la edad media con sus meditaciones dolorosas, y al mismo tiempo nuestra edad moderna, con su inquietud sentimental y su respeto hacia la miseria humana. Virgilio, al tiempo que resume la antigüedad en cuanto de belleza y de armonía puede descubrirse en ella, presagia

⁶⁴ La descripción del escudo ocupa el final del libro 8, 626-731.

⁶⁵ «Avínose a estos decretos Juno, abriendo su mente a gozosos pensamientos; y se remonta al cielo y abandona la nube», *Eneida*, 12, 841-42.

y anuncia los tiempos modernos en lo que tienen de mejor y más valioso⁶⁶.

Por esto precisamente es Virgilio el mejor representante del alma de los pueblos itálicos, celosos y orgullosos de sus tradiciones. Y su obra, pese a las lagunas y sus defectos, aunque sea inferior en fuerza a la *Iliada*, no por eso pierde nada de su riqueza y su originalidad. Si es romana por su espíritu, como hemos visto, podremos considerarla moderna y casi cristiana por su sentimiento y su corazón: es la obra más compleja de la antigüedad latina. Virgilio ha sabido recoger todo el pasado con la habilidad de un artista consumado, ha cantado todo el presente con la energía de un patriota ardoroso, y ha presentido todo el futuro con la emoción íntima y profunda de un alma infinitamente tierna y dulce. Por todo ello no dudamos en considerar a Virgilio como el poeta por antonomasia de la latinidad.

JOSE OROZ RETA
Universidad Pont. de Salamanca

66 Cf. R. Pichon, *Histoire de la Littérature Latine* (Paris 1897) pp. 357-58.